

En 1979, médicos en Los Ángeles y Nueva York empezaron a reportar formas de neumonía y cáncer inusuales y difíciles de diagnosticar. En 1982, el Centro para Control y Prevención de Enfermedades (CDC en sus siglas en inglés) denominó oficialmente la condición Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA, o AIDS en sus siglas en inglés). En un periodo de dos años, los doctores también identificaron el virus vinculado al SIDA, el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH, o HIV en sus siglas en inglés). Pero la historia del SIDA ha sido una de negación y supresión, porque todos los más inmediatamente afectados por la enfermedad en los años iniciales eran gays y lesbianas, a menudo gente de color, y usuarios de droga. El presidente Ronald Reagan no hizo mención pública de la epidemia hasta Octubre de 1987. La gente con VIH y SIDA y activistas por la salud pública han tenido que batallar por el reconocimiento de la enfermedad, un tratamiento asequible y eficaz, y programas de educación y salud pública para prevenir la propagación de VIH. En Marzo de 1987, el movimiento político para enfrentar la crisis del SIDA encontró una expresión militante con la formación de ACT UP (Coalición del SIDA para Liberar Poder) en Nueva York. El grupo popularizó el eslogan “Silencio = Muerte,” y llevó a cabo acciones directas y desobediencia civil para enfrentar la complacencia de políticos, cargos sanitarios, periodistas y otras figuras del *establishment*. Aquí el activista Vita Russo, autor del rompedor libro *El Armario del Celuloide* y miembro fundador de ACT UP y la Liga Gay y Lesbiana de Anti-Difamación, habla de cómo gente con SIDA estaba muriendo no sólo de una enfermedad, sino de homofobia, de racismo y de indiferencia. El mismo Russo murió de SIDA en 1990, a los cuarenta y cuatro años de edad.

Vito Russo, “Por qué luchamos” (1988)

Un amigo mío en la Ciudad de Nueva York tiene un media-tarifa bono de transporte, que significa que entras en autobuses y metros por la mitad de precio. Y el otro día, cuando le enseñó su tarjeta al revisor, éste preguntó que cuál era su discapacidad y él dijo, tengo SIDA. Y el revisor dijo no, no lo tienes, si tuvieras SIDA, estarías muriendo en casa. Entonces, hoy quería hablar como persona con SIDA que no se está muriendo.

Saben, durante los tres últimos años, desde que fui diagnosticado, mi familia piensa dos cosas sobre mi situación. Una, piensan que voy a morir, y dos, piensan que mi gobierno está haciendo absolutamente todo lo que está en su poder para pararlo. Y se equivocan, en ambos aspectos.

Pues, si aldo estoy muriendo, estoy muriendo de homofobia. Si de algo estoy muriendo, estoy muriendo de racismo. Si de algo estoy muriendo, es de indiferencia y líneas rojas, porque son estas las cosas que impiden que el fin de esta crisis. Si de algo estoy muriendo, estoy muriendo de Jesse Helms. Si de algo estoy muriendo, estoy muriendo del presidente de los Estados Unidos. Y, sobre todo, si de algo estoy muriendo, estoy muriendo del sensacionalismo de periódicos y revistas y programas de televisión, que están interesados en mí, como historia de interés humano –solo mientras quiera ser una víctima desamparada, pero no si estoy luchando por mi vida.

Si de algo estoy muriendo –estoy muriendo del hecho que no suficientes hombres ricos, blancos heterosexuales tienen AIDS para que a nadie le importe. Saben, vivir con SIDA en este país es como vivir en el mundo nebuloso. Vivir con SIDA es como vivir una guerra que solo está sucediéndole a aquellos en las trincheras. Cada vez que un proyectil explota, miras a tu alrededor y descubres que has perdido más amigos, pero nadie más se da cuenta. No les está pasando a ellos. Caminan por la calle como si no estuviéramos viviendo en una pesadilla. Y solo tú oyes los chillidos de la gente muriendo y sus gritos de auxilio. Nadie más parece estar enterándose.

Y es peor que una guerra, porque durante una guerra la gente está unida en una experiencia compartida. Esta guerra no nos ha unido, nos ha separado. Ha separado a aquellos de nosotros con SIDA y los que luchamos por la gente con SIDA del resto de la población.

Hace dos años y medio, cogí la revista *Life*, y leí un editorail que decía, “es hora de prestar atención, porque esta enfermedad ahora está empezando a afectar al resto de nosotros.” Es como si yo no fuera la persona con la revista en la mano. Y desde entonces, nada ha cambiado para alterar la percepción de que el SIDA no está sucediendo a la verdadera gente de este país.

No nos está sucediendo a nosotros en los Estados Unidos, les está sucediendo a ellos –a las poblaciones desechables del consenso Carter-Reagan-Bush, los maricones y yonkis que se merecen lo que reciben. Los medios les dicen que no se deben preocupar, porque la gente que de verdad importa no está en peligro. Dos, tres y cuatro veces –el *New York Times* ha publicado editorails diciendo, no entréis en pánico aún, por el SIDA—aún no ha entrado en la población general, y que hasta que no lo haga, no nos tiene que importar una mierda.

Y los días, los meses y los años pasan, y no pasan esos días y noches y meses y años intentando encontrar una manera de conseguir la última medicina

experimental, averiguando qué dosis tomar, en qué combinación con otros medicamentos, y de dónde conseguirla. Y, ¿cómo lo vas a pagar? Y, ¿dónde la vas a conseguir? Porque no les está sucediendo a ellos, entonces no les importa una mierda.

Y no se sientan en estudios de televisión, rodeados de técnicos que llevan guantes de plástico, que no quieren ponerte el micrófono, porque no les está pasando a ellos, o sea que no les importa una mierda. Y sus casas no son quemadas por intolerantes y tarados. Lo ven en las noticias y cenan y se van a la cama, porque no les está pasando a ellos, y no les importa una mierda.

Y no pasan sus horas de vigilia de habitación de hospital en habitación de hospital, y viendo la gente que quieren morir lentamente –de negligencia e intolerancia, porque no les está pasando a ellos y no tiene que importarles una mierda. No han ido a dos funerales por semana por los últimos tres o cuatro o cinco años –o sea que no les importa una mierda, porque no les está pasando a ellos.

Y leímos en la portada del *New York Times* el sábado pasado que Anthony Fauci ahora dice que todos los medicamentos de tratamiento prometedores no han sido testados en los últimos dos años porque no puede contrar a la gente para testarlos. Se supone que tenemos que estar agradecidos que esta noticia haya aparecido en el periódico después de dos años. Nadie se pregunta por qué ninguno reportero investigó y publicó esta noticia hace 18 meses, antes de que Fauci fuera arrastrado ante una audiencia Congressional.

¿Cuánta gente ha muerto en los últimos dos años, que podría estar viva hoy, si esas drogas hubieran sido testadas más rápido? Reporteros por todo el país están ocupados publicando notas de prensa del gobierno. No les importa una mierda, no les está pasando a ellos –es decir, no les está pasando a gente como ellos–la gente de verdad, el público general famoso en todo el mundo, del que todos oímos continuamente. ¡

La legionelosis les estaba pasando a ellos porque afectó a gente que se veía como ellos, que sonaba como ellos, que eran de su mismo color. Y esa maldita noticia sobre dos docenas de personas estuvo en la portada de todos los periódicos y revistas en este país, y ahí se quedó hasta que se resolvió ese misterio.

Todo lo que leo en los periódicos me indica que la población *mainstream* blanca heterosexual no está en riesgo con esta enfermedad. Todos los periódicos que leo me dicen que los usuarios de drogas intravenosas y homosexuales aún conforman la gran mayoría de casos, y una mayoría de la gente en riesgo.

¿Y puede alguien por favor decirme por qué cada penique destinado a educación y prevención se gasta en campañas publicitarias dirigidas casi exclusivamente a adolescentes blancos y heterosexuales—¡los que nos dicen que no están en riesgo!

¿Puede alguien decirme por qué la única película televisiva producida por una gran cadena en este país sobre el impacto de esta enfermedad, no es sobre el impacto de esta enfermedad en el hombre que tiene SIDA, sino sobre el impacto del SIDA en su familia blanca, hetero, nuclear? ¿Por qué, durante ocho años, todo periódico y revista en este país ha publicado portadas sobre el SIDA sólo cuando surge la amenaza de transmisión heterosexual?

¿Por qué, durante ocho años, todas y cada una de las películas educativas diseñadas para uso en preparatorias ha eliminado todo material gay-positivo, antes de ser aprobadas por la Junta de Educación? ¿Por qué, durante ocho años, todas y cada uno de los panfletos y vídeos de información pública distribuidos por fuentes del *establishment* ha ignorado el consentimiento específico de los homosexuales?

¿Por qué están todos los anuncios que leo en autobuses y metros y todos los anuncios y carteles publicitarios que veo en este país específicamente no dirigidos a hombres gay? No crean la mentira que la comunidad gay ha hecho su trabajo y lo ha hecho bien y ha educado a su gente. La comunidad gay y los usuarios de drogas intravenosas no son todes gente politizada en Nueva York y San Francisco. Miembros de minorías, incluyendo los así llamados “sofisticados” hombres gay son supinamente ignorantes sobre el SIDA.

Si es cierto que los hombres gay y usuarios de drogas intravenosas son las poblaciones en riesgo por esta enfermedad, entocnes tenemos derecho a exigir que la educación y prevención se diriga específicamente a estas gentes. Y no está sucediendo. Nos están dejando morir, mientras a poblaciones de bajo riesgo se les está induciendo al pánico —induciendo al pánico, no educando— de creer que nos merecemos morir.

¿Por qué estamos juntos aquí hoy? Estamos aquí porque nos está sucediendo a nosotres, y a nosotros sí nos importa una mierda. Y si fuéramos más, el SIDA no sería lo que es en este momento histórico. Es más que una simple enfermedad, que gente ignorante ha convertido en una excusa para ejercitar la intolerancia que siempre han sentido.

Es más que una historia de terror explotada por la prensa rosa. En realidad, el SIDA es un examen para nosotros, como pueblo. Cuando las generaciones futuras pregunten qué hicimos en esta crisis, tendremos que

decirles que hoy estuvimos aquí. Y tendremos que dejar el legado a esas generaciones de gente que vendrán después de nosotros.

Algún día, la crisis del SIDA habrá terminado. Recuerden eso. Y cuando ese día llegue—cuando ese día haya llegado y haya pasado, habrá gente viva en este mundo—la gente gay y hetero, hombres y mujeres, negros y blancos, que escuche la historia de que una vez hubo una enfermedad terrible en este país y por todo el mundo, y que un valiente grupo de gente se levantó y luchó y, en algunos casos, dio sus vidas, para que otra gente pudiera vivir y ser libre.

Así que estoy orgulloso de estar con mis amigos hoy y la gente que quiero, porque creo que sois todos héroes, y estoy contento de ser parte de esta lucha. Pero, tomando prestada una frase de la canción de Michael Callen [“Love Don’t Need a Reason”], todo lo que tenemos ahora mismo es el amor, lo que no tenemos es tiempo.

De muchas maneras, activistas del SIDA como esos médicos ahí fuera —están tan ocupados en apagar incendios y cuidar de gente con respiradores, que no tienen el tiempo para cuidar de toda la gente enferma. Ahora mismo estamos tan ocupados apagando incendios que no tenemos el tiempo de hablarles con los otros y planear y hacer estrategias para la próxima ola, y el día siguiente, y el mes siguiente y la semana siguiente y el año siguiente.

Y, vamos a tener que encontrar el tiempo para hacerlo en los próximos meses. Y, tememos que comprometernos a hacerlo. Y entonces, después de que reventemos esta enfermedad, estaremos todos vivos para reventar este sistema, para que esto nunca vuelva a pasar.